

LECTURAS

DE

HISTORIA POLITICA DE MEXICO.

A EMILIO CASTELAR,

IGNACIO RAMIREZ.

LAS NACIONES PRIMITIVAS.

I.

Mas conquistó la su voz é el su temor que
los golpes de las sus espadas.

EL LIBRO DE LOS DOCE SABIOS.

La Historia Política refiere, señores, cómo nace, funciona y degenera el fenómeno llamado gubernativo, en cada una de las sociedades humanas; se reduce, por lo mismo, á clasificar los grupos que mandan y los grupos que obedecen: en todo sistema político, la importancia de los individuos se mide por la clase que con ellos se levanta, ó por la clase que con ellos sucumbe. Bajo este punto de vista observaré, pues, las diversas instituciones fundamentales que se presentan en México, ántes de la conquista española, bajo el régimen colonial y despues de nuestra independenciam. Hoy me ocupo de los gobiernos indígenas. Escasos datos, para tan interesante estudio, puedo presentar á los ojos de esta ilustrada concurrencia; pero me lisonjeo de que los hechos en que me fundo son los mas seguros, entre tantas conjeturas y fábulas de que se componen nuestros anales primitivos. Para inspirar entera confianza, comenzaré discutiendo el valor de los testimonios que colocarán muy cerca de la verdad las humildes conclusiones que en seguida aventuro. Cuatro son las fuentes

de nuestra historia: los documentos y monumentos puramente americanos; su interpretacion trasmitida por los españoles; las costumbres y lenguas de los indígenas actuales, y la fisiografía de los lugares que sirvieron de teatro á esas naciones, para quienes la civilizacion europea no ha tenido sino variados tormentos y un ignominioso sepulcro. Difícil es mi empresa, porque se trata de reconstruir una vasta Babilonia con sus propias ruinas.

Las pirámides, que tanto cautivan la atencion, ya por su altura, ya por sus adornos, sepulcros, aras ó fortalezas, no fueron ciertamente construidas para el servicio de los particulares, sino para satisfacer la pública magnificencia. Del mismo modo las murallas militares, los diques en las lagunas, los ídolos colosales y las grandes piedras con inscripciones misteriosas, todo anuncia que, en aquellos pueblos, el lujo era un privilegio de la autoridad, mientras que los particulares solo recibian, de mano de la arquitectura, chozas de tal suerte deleznable, que la tierra ha desdeñado conservar sus cimientos: cuantos escombros existen están marcados con el sello del poder; la multitud no nos ha dejado sino algunos utensilios domésticos, las mutiladas armas del guerrero y los modestos y caprichosos adornos de la hermosura.

¡Pero algunas de esas piedras hablan todavía! Es una cosa singular; el sistema geroglífico del continente americano solo floreció en el hemisferio boreal, revelando por todas partes un tipo primitivo, y alternando, en ciertas localidades, con los caracteres que el naufragio ó el espíritu de aventuras arrojó á nuestras costas en la mano poco diestra de algunos desconocidos europeos. Así, pues, desde los bosques de los Estados- Unidos hasta las trémulas es-

cabrosidades de Guatemala, abundan los peñascos pulimentados, donde las naciones autóctonas depositaron sus mas preciosos pensamientos. Y la erudicion, para comprometer nuestra curiosidad, ha conservado, en pieles, en lienzo y en papel, numerosas leyendas que, medio descifradas, desde el tiempo de la conquista, nos prometen, con una clave completa, la historia de un mundo que hace tres siglos quedó sumergido en profundas tinieblas por sus mismos descubridores. Los sabios se impacientan; quiénes esperan encontrar la huella del chino y quiénes empiezan á percibir, entre esfinges, la imágen de los Faraones.

¡Vana esperanza! La escritura geroglífica pura, esto es, mientras no ha sufrido la influencia de los caracteres actuales, ofrece dos fases sucesivas que provienen del modo con que ella alcanza á reproducir, por medio de ideas comunes al género humano, las palabras de un lenguaje determinado. Su base indestructible se encuentra en el arte sencillo de reducir todas las sensaciones á imágenes visibles; así es que el sonido, el movimiento y los afectos del ánimo, para ser figurados, requieren inevitablemente la adopcion de algunos signos mas ó ménos convencionales. Para inventar estos, bastan los recursos mas vulgares de la pintura; una línea á los piés de los objetos dibujados, representa la tierra; una série de huellas nos muestra el camino que ha recorrido el animal á quien pertenecen; una flecha en pos de una ave que vuela, es un semillero de pensamientos; y en los portamentos de una cara se pueden descubrir las mas variadas pasiones. El colorido completa lo que la línea solo ha bosquejado. Un paso mas, y el geroglífico se emancipa del retrato. Esa mejora, esa invencion del verdadero signo, es sugerida por el mismo

mecanismo del lenguaje humano. La mayor parte de las palabras, sobre todo en la cuna de los idiomas, tienen dos significaciones, que dirigiéndose á diversos objetos, los reúnen por el lado en que presentan alguna semejanza; así, la misma voz con que se designa el órgano conocido como *lengua*, se aplica al habla del hombre; y así un león despierta en nuestro ánimo la imagen de un guerrero. ¿De qué artificio se vale, pues, el pintor para expresar el lenguaje figurado? Haciendo alianzas que artísticamente se calificarían de monstruosas: colocando la lengua fuera de la boca, significa la palabra; dando algunos miembros del león al hombre, transforma á este en valiente; y una boca entre alas, arrojando líneas, llega á representar el viento.

Pero el sistema geroglífico no ha salvado, á pesar de esos mecanismos ingeniosos, la mayor de sus dificultades representativas. Existen en todos los idiomas multitud de elementos que sirven para ligar las palabras fundamentales, y á veces solamente para modificarlas; esos elementos, en las gramáticas vulgares, ya se llaman partes de la oración, ya también desinencias y prefijos.

La pluralidad en la idea se ha salvado con la pluralidad en la figura; el mismo mecanismo ha servido para la reiteración; se designan algunas preposiciones positivas, colocando encima ó debajo los objetos; algunos verbos, reproduciendo su acción en bosquejo; y ciertas frases negativas, mutilando de un modo correspondiente las figuras. Pero llega un momento en que tienen que aparecer los signos arbitrarios y convencionales, resultando, con la invención de estos, la perfección del sistema.

La escritura que hemos explicado, es esencialmente ideográfica; su primer procedi-

miento comienza por la adopción de figuras simbólicas, para reflejar vivamente el estilo figurado; su complemento, aunque siempre fundado en analogías, depende de una clave tan accidental, que puede y debe variar según los siglos y naciones. Si en los sistemas egipcio y chino encontramos la novedad de los caracteres fonéticos, es porque esas naciones no pudieron resistir á la influencia de la civilización sanscrita, madre fecunda de las más prodigiosas invenciones, y principalmente de las letras.

El imperfecto sistema de los americanos, como lo llevo descrito, se resiste á ocuparse de pormenores, de vulgaridades y de abstracciones; enuncia de preferencia lo positivo y lo pintoresco, suprime los datos negativos, que son tan importantes, no solo para las matemáticas, sino para todas las ciencias, porque las combinaciones de ellos son el alimento y el triunfo de la inteligencia; en fin, ese sistema no conserva la historia de los acontecimientos, sino su poesía. Los cantos, que guardaban las antiguas tradiciones del pueblo, se depositan por el sacerdote sobre el papel y sobre la piedra.

¿Y bien, qué son las leyendas populares, sino hechos convertidos en fábulas, y fábulas supliendo la ausencia de los hechos, sosteniéndose por la música, embelleciéndose por la imaginación, santificándose por la credulidad y no reflejando en la corriente de versos, sino las costumbres y aspiraciones de la época postrera en que se cantan? Esto es tan cierto, que muchas de esas historias aztecas aparecieron á los ojos de nuestros ilusos misioneros, como hojas extraídas de la Biblia.

Los españoles que presenciaron la civilización azteca, y á quienes debemos la única interpretación fehaciente de los monumentos históricos, murieron en la persuasión

de que en estos se ocultaban remotísimas edades; su error provino de las ilusiones bíblicas, que no les permitían reflexionar en que toda tradición, hablando ó cantando, difícilmente se remonta á trescientos años, en que los geroglíficos de piedra no son más que breves inscripciones, donde racionalmente no pueden tener lugar sino hechos contemporáneos á la erección del monumento; en que todas las inscripciones de esta clase, suponiéndolas históricas, no pueden, por pertenecer á diversas naciones, componer una página seguida; en que los libros aztecas, por la extensión que exigen las figuras y los asuntos que representan, no han alcanzado á suministrar sino datos tan escasos como inseguros; y por último, en que la civilización que ellos estudiaron era á todas luces reciente.

De ese espejismo en que los conquistadores vieron la antigüedad azteca, resultaron dos clases de funesto extravío: el español sugería la traducción al indio y el indio complacía al español improvisando hechos y aun acaso geroglíficos. Así, desfigurada en parte la escritura antigua, y viciada su interpretación, ella todavía nos atestigua que los misioneros poseyeron conocimientos bastantes para leer los títulos de la propiedad territorial que aun conservan los pueblos, las genealogías de los personajes; el sistema numérico; la distribución de las festividades religiosas; los atributos de los dioses; el método para fiscalizar las contribuciones; las bases cronológicas; las hazañas de algunos reyes; el libro de los castigos; los desvaríos cosmogónicos; los tratados internacionales y las variadas inspiraciones de la poesía: con tales elementos, esos hombres estudiosos no han podido descubrir sino lo que en realidad había; poca y no antigua historia y al-

gunas tradiciones poéticas, que se vieron fácilmente fecundizadas por el empeño insensato de emparentar con las doce tribus de Israel á los semibárbaros aborígenas de nuestras lagunas.

Es de un precio inestimable para la filosofía la conservación, aunque en reliquias, de las antiguas tribus, y el calor latente que circula por sus idiomas, de los cuales, como de una raíz vivaz, pudiera aparecer, como de la superficie de la tierra, una nueva y floreciente literatura.

Todas las gentes indígenas ofrecen una organización de tal suerte típica, que da origen á una especie particular en la clasificación del género humano; sus caracteres anatómicos son más constantes que los fisiológicos; pero entre estos existe una tendencia tan marcada á la sociabilidad, que un individuo americano, sea en los campos de batalla, sea en los tribunales, sea en los viajes más aventurados, no puede desprenderse de su familia, de sus amigos, ni de las demás personas á quienes por cualquier título considera como suyas; se transportó por bandadas como las aves, y trabaja en enjambres como las abejas. No puede mejorarse ni perecer sino por clases; he aquí por qué le es favorito cierto mecanismo administrativo, que fácilmente se confunde con el de nuestros municipios. Mas allá de su hormiguero, no descubre sino enemigos.

En cuanto á sus idiomas, de un polo al otro polo, se sujetan á una ley uniforme y constante; no contienen una sílaba que no sea aisladamente significativa, y confían á las leyes de su agrupamiento el resultado de las modificaciones sintáxicas. No de otro modo se han formado los idiomas conocidos en el mundo; y si en el continente antiguo descubrimos extensas palabras

que no figuran como frases, esto se debe á que la mezcla reiterada de diversas lenguas ha ocasionado cierta vaguedad abstracta en los elementos primitivos. En cualquiera lenguaje americano, toda palabra de mas de dos sílabas es una oración, cuyos componentes, la escritura geroglífica nos manifiesta en relieve. Así, pues, de un idioma á otro idioma, la diferencia proviene de la diversidad de las raíces.

Estas serian uniformes ó insensiblemente variables, si los pueblos americanos no hubiesen tendido con tenacidad á conservarse en pequeñas naciones; sin embargo, ese aislamiento de las tribus no nos explica por qué hay tanta diferencia de pronunciación y de radicales entre los aztecas y los otomíes, entre los tarascos y los zapotecas. Ese fenómeno prodigioso, reduciéndose á un acontecimiento sencillo, es la prueba mas robusta que nos asiste para afirmar que no todas las naciones se formaron en el mismo suelo donde el conquistador logró contemplarlas; han existido, por lo mismo, transmigraciones cuyos vestigios nos guarda el idioma en sus diversas raíces y aun en marcadas irregularidades, que no vacilarémos en calificar de barbarismos. Cualquiera plano etnográfico, si algo dice, nos persuade de que repetidas veces unas naciones han invadido á las otras, olvidando su cuna en no remoto suelo.

Los planos que pretenden explicarnos tan maravillosas expediciones, ó se refieren á los últimos y limitados movimientos de las hordas, ó fueron candorosamente desfigurados para satisfacer las cuestiones frailesacas; á pesar de estos documentos, grandes excursiones se han verificado en la mitad de nuestro continente; y no apaciendo la causa ni en la guerra ni en la

codicia, para resolver el problema, no se descubre otra ciencia ni otro oráculo, sino la misma naturaleza.

En otro tiempo seria una audacia preguntar á las revoluciones del globo, el secreto de las transmigraciones de algunos pueblos, cuando ellos mismos han olvidado la causa de su expatriación, y la atribuyen á caprichos de los hechiceros y á miras providenciales de los dioses. Hoy la ciencia, y aun mis modestas observaciones, de acuerdo con la distribución de la lengua nahuatl, con los regueros de ciudades arruinadas, y con la uniformidad de la tradición, me permiten colocar entre la Alta California y Nuevo México la *oficina gentium*, el asiento primitivo de los pueblos que en el espacio de veinte siglos amontonaron su poder y su gloria en torno del Popocatepetl y del Ixtlacihuatl. También descubriré otro foco de civilización en las Mistecas, Guatemala y Yucatan, alimentado por los aventureros que desde la Florida extendieron su dominio por los golfos de México y de Honduras.

Una línea de modestas alturas se extiende desde el Oregon hasta la Baja-California; entre ella y una parte de la cadena occidental de los Andes boreales, se agita el Golfo de Cortés, y se adormece entre arenas un vasto desierto: este, no hace muchos siglos, era una prolongación del Golfo; poseyó en seguida lagos y bosques y ciudades, y acabó por abandonar sus aguas y sus flores y sus mas variados habitantes al levantamiento progresivo de los médanos que hoy no ofrecen un asilo sino á la sierpe de cascabel, al venado fugitivo, y al aventurero salvaje; en su desgarrado manto vegetal no se descubren sino raquíuticos *mescales* y *organos* gigantescos. Las playas de ese mar enjuto se componen de

los aluviones de un prodigioso deshielo, que arrastró desde Nuevo-México, entre los pulimentados fragmentos de las peñas, masas de oro puro adheridas al cuarzo que mal pudo resguardarlas en las elevadas minas. Esa región inmensa apenas se eleva veinte varas sobre el nivel del mar; y en algunos puntos su superficie es inferior á la de las aguas del Pacífico.

Repetidas observaciones demuestran un levantamiento constante en las riberas del golfo californico, á razón de una vara por siglo; los espacios que resultan sobre las aguas, duplican, en igual tiempo, su altura por los aluviones que caminan en los torrentes y por las nubes de polvo que el viento acarrea en remolinos desde las montañas. Hace dos mil años, las costas de Sonora y Sinaloa aparecian mas estrechas; y el desierto de la California encasquillaba dilatados esteros de agua salada y no pequeñas lagunas de agua dulce. Los afluentes del Gila y del Colorado convidaban á una vasta colonización, y las ruinas que junto á ellos se conservan, protestan contra la incredulidad que se atreve á desconocer el asiento de naciones que dejaron profundamente grabada su memoria, en pueblos florecientes despues, á las orillas de los lagos de Texcoco, de Chapala y de Pátzcuaro.

Todo ensolvamiento, una vez que comienza, rápidamente se precipita. Los moradores de aquellas misteriosas comarcas se vieron de repente invadidos por las arenas y abandonados por las aguas. Donde la esterilidad se presentaba, el hombre huía. Con el reinado de tan inesperada calamidad, comenzó, tal vez desde hace tres mil años, una serie no interrumpida de peregrinaciones hácia otras tierras mas afortunadas. Al Norte se encontraban

nuevos desiertos y nieves eternas; al Occidente, una faja estrecha donde el golfo de San Francisco también se deprimia; al Oriente llanuras estériles; y solo al Sur sonreían la vegetación, la abundancia y la vida. Los fugitivos invadieron poco á poco las costas del Pacífico, hasta perderse en los istmos; pero algunas tribus se aventuraron por las mesas superiores, y los últimos restos de aquella civilización desgraciada, se descubren involuntariamente en las razas aztecas. Los perseguidos por la naturaleza traen entre sus dioses al hambre y la guerra; los aborígenas espantados se refugian en las montañas. Y cuando las irrupciones terminan, el antiguo mar de la California descubre su fondo, y las lagunas y los ríos que temblaron ante Huitzilopochtli, se pueblan y civilizan. También los lagos del Anahuac van desapareciendo, pero la ciencia y la industria precipitan ese fenómeno, y lo aprovechan como una fuente de prosperidad y de grandeza: los antiguos mexicanos hoy comenzarían á recoger sus penates.

Otro centro igualmente notable de civilización ofrece el territorio nacional á nuestro estudio. La península yucateca y las sierras y costas de donde se desprende, abrigaron pueblos industrioses que compitieron en número y riqueza con el imperio mexicano; dejaron admirables monumentos, y el tipo de su civilización se recomienda como nacido en su suelo. A esos países privilegiados se dirigía la nación comerciante de los Tlaltelolcos, para traer á los mercados de Tenochtitlan el cacao, bebida, alimento y moneda; plantas exquisitas para los jardines de los reyes, plumajes vistosos y raros para los guerreros, perfumes delicados para los sacerdotes y los ídolos y adornos costosísimos para las mu-

jeros. Ni sería difícil que esa raza diese á la mexicana el círculo eterno donde se mueven los días, los meses, los años y los siglos. Por lo ménos, su sistema geroglífico procedía por rasgos característicos, formando grupos pequeños, acercándose á la escritura primitiva de los chinos, y no faltándole sino un solo paso para llegar al método silábico de las naciones semíticas. Las letras primeras designan sílabas y después vocales y consonantes.

Esa mayor y excepcional ilustración no es de extrañarse, si recordamos que donde hoy florecen los Estados-Únidos, existieron naciones que, visitadas por aventureros europeos, propagaron el espíritu de empresa para todas las islas que cierran el Golfo mexicano; piratas ó comerciantes, conducidos por el viento del Norte y rechazados por la corriente del Atlántico, encontraban en la sonda de Compeche un abrigo seguro y dilatado para sus frágiles embarcaciones. En estas pudo venir algunas veces, entre las armas y las mercancías, el precioso fragmento de una civilización remota y desconocida.

Detenerse en tantos y tan variados preliminares, ha sido necesario para descubrir entre ellos la organización política de las antiguas naciones mexicanas. Observándolas en sus peregrinaciones, desde que abandonaban al silencio y al olvido su adoratorio piramidal, como las golondrinas la torre en que anidan, hasta que bulliciosas y ligeras levantaban nuevos muros religiosos y civiles y domésticos en torno de un ídolo fatigado, las encontramos inevitablemente sometidas á la disciplina militar más severa. Tribus errantes, cercadas de enemigos, custodiando niños, ancianos y mujeres, y cargando sus bastimentos de muchos días, adoptan para el camino las evoluciones del

soldado, y no descansan jamás sino en verdaderos campamentos. Establecidas después en ciudades, no pueden emanciparse de sus belicosos caudillos; no conciben la vida sino en la ciega sumisión á su jefe y en las peripecias de los combates.

Nuevas necesidades, sin embargo, provocan, en la ciudad, la formación de clases privilegiadas. El sacerdote, amparado por sus dioses, proclama la independencia del santuario, y entre las tempestades revolucionarias se convierte en árbitro del trono. Dos legislaciones aparecen entonces; una de profana policía, y otra de ritualidades sagradas.

Las altas clases militares, conservando sus prerogativas y sus honores, se reparten el terreno conquistado y se transforman en hacendados y en caciques: comienza de este modo el feudalismo.

Algunos pueblos se someten bajo condiciones protectoras, poniendo así la doble base del sistema municipal y del federativo.

Entonces los litigios se multiplican, y verdadero templo el tribunal, santifica costumbres, leyes y jueces.

Todas estas clases, empero, no forman sino una gerarquía: el pueblo se compone de súbditos y de esclavos. Una clase, una sola clase osa entregarse á sus inspiraciones democráticas: ¡los comerciantes!

Aventurándose estos por entre las naciones enemigas y recorriendo países remotos, se acostumbran á no contar sino con sus recursos personales, á las dulzuras de la independencia, á la diversidad de opiniones y de usos, y á no contemplar en su patria sino un extenso y seguro mercado. Ellos fecundizan la industria, crían el lujo é improvisan la riqueza que proviene del cambio; desde el trono de sus mercancías suelen dar leyes á sus señores. Pero esta

clase, á su vez, facilita el comercio de esclavos.

La esclavitud presenta entre los mexicanos un aspecto que difícilmente se reproduce en otras naciones. Animal carnívoro el azteca, encerrado en su ciudad flotante, ni podía satisfacer su apetito con los productos de la caza, ni con los acopios de la pesca; las aves y los venados escaseaban en los campos; y se agotaban en las lagunas hasta los huevecillos de los insectos: se inventaron las carnicerías humanas. El sacerdote consagró el banquete, reservándose las piezas más delicadas y forzando á los dioses á saborear la sangre de las víctimas.

Los animales de redil y de corral, más todavía que los de caza y tiro, eran necesarios para cambiar los instintos antropófagos del azteca. Las naves que de Europa condujeron á las playas de Zempoala frailes y soldados, traían en sus establos y gallineros, para los prisioneros americanos, una colección de redentores.

Aparecerán, no lo dudo, desalentadoras é infundadas las doctrinas que se han desprendido de mis labios, pero ellas son la verdad. Yo también, inclinado sobre las ho-

jas de maguey, los lienzos de algodón, las pieles pintadas y las piedras parlantes, he buscado entre Quetzalcohuatl y Nezahualcoyotl, á Noé con su arca y á los Faraones con sus pirámides; solo he visto las aventuras de pueblos pescadores y la necesidad de encerrar en un monumento, parodia de los cerros, la fuente deificada que apagará la sed de los trabajadores. La humanidad necesita mil siglos para inventar un geroglífico dudoso, que en una superficie empañada apenas pueda reflejar las imágenes de la poesía.

El primer emperador mexicano se comió á su esposa en la noche de sus bodas, y ante el sol del siguiente día la convirtió en diosa; todos los actos de la vida se sujetaban á ceremonias político-religiosas; el terror estremecía todo el cuerpo social; se inventaron hechiceros, y los bufones fueron los consejeros de los reyes: todo, en ese sistema, nos descubre el tipo á que desean acercarse los modernos admiradores de la teocracia y del cesarismo. Por fortuna, á los déspotas de entonces solo los estudiamos, como á sus antecesores los gigantes ó mastodontes, en esqueleto.

Marzo 23 de 1871.

IGNACIO RAMIREZ.